

Capítulo 2

Qué nos dice hoy ese sueño

([índice](#))

Daniel 2:1: En el segundo año del reinado de Nabucodonosor tuvo Nabucodonosor sueños, se turbó su espíritu y se le fue el sueño.

Daniel había completado sus tres años de educación universitaria. Ahora el Señor le abrió el camino para que pudiera ayudar a los habitantes de Babilonia, quienes no conocían o comprendían la verdad de su carácter de amor. Había escogido a su pueblo Israel para que fueran misioneros y proclamaran el evangelio a aquel oscuro mundo, pero su pueblo había fracasado. Ahora se disponía a dar un rodeo a su incredulidad de una forma inesperada.

Daniel 2:2-4: Hizo llamar el rey a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicaran sus sueños. Vinieron, pues, y se presentaron delante del rey. El rey les dijo: —He tenido un sueño, y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño. Entonces hablaron los caldeos al rey en lengua aramea: —¡Rey, para siempre vive! Cuenta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación.

El rey se sentía orgulloso de su imperio y de la bella ciudad que era la capital: Babilonia. Esperaba que perdurara por siempre. No obstante, sabía, como saben todos los hombres, que él tendría que morir algún día. ¿Qué sucedería entonces a su reino?

Él era un rey pagano, y no conocía al verdadero Dios del cielo. Su único contacto había sido mediante el infiel pueblo de Dios: los judíos, a quienes Nabucodonosor había sido capaz de conquistar y tomar cautivos. Puesto que había vencido a los judíos, ¿quién podía culpabilizarlo por creer que él era más grande que el Dios de ellos?

El pueblo de Israel se había amado a sí mismo más que a los demás, albergando la idea de que sólo ellos podían ser salvos. ¡Pobre Nabucodonosor! En su paganismo sólo sabía hacer cosas equivocadas. Pero Dios podía ver la sinceridad de su corazón.

Aunque el rey estaba bien instruido en la sabiduría del mundo, desconocía la sabiduría del cielo. Aquel extraño sueño tuvo un gran impacto en su corazón. Ni siquiera podía recordar la escena que vio, pero Dios estaba obrando a fin de humillar a los filósofos de Babilonia que pretendían conocer la verdadera ciencia. Dio a Daniel una oportunidad para que sus mentes se abrieran a la realidad. Observa el método empleado por Dios.

Lo que los babilonios tenían por “educación superior” era realmente necedad. Algunos de los “sabios” profesaban comunicarse con humanos fallecidos. Algunos eran “astrólogos” y pretendían poder predecir el futuro a través de los movimientos de los cuerpos celestes. Era su costumbre, cuando el rey recurría a su sabiduría, hacerle diversas preguntas hábilmente planteadas con el fin de averiguar cuáles eran sus pensamientos. Eso les permitía inventar alguna respuesta que le complaciera. Es lo que intentaban hacer también en esta ocasión.

Daniel 2:5-13: Respondió el rey y dijo a los caldeos: El asunto lo olvidé; si no me mostráis el sueño y su interpretación, seréis hechos pedazos y vuestras casas serán convertidas en muladares. Y si me mostrareis el sueño y su interpretación recibiréis de mí dones y favores y gran honra. Decidme, pues, el sueño y su interpretación. Respondieron por segunda vez y dijeron: Diga el rey el sueño a sus siervos, y le mostraremos la interpretación. El rey respondió y dijo: Yo conozco ciertamente que vosotros ponéis dilaciones, porque veis que el asunto se me ha ido. Si no me mostráis el sueño, una sola sentencia hay para vosotros. Ciertamente prepararéis respuesta

mentirosa y perversa que decir delante de mí entre tanto que pasa el tiempo. Decidme, pues, el sueño para que yo sepa que me podéis dar su interpretación. Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el asunto del rey; además de esto, ningún rey, príncipe ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago ni astrólogo ni caldeo. Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne. Por esto el rey con ira y con gran enojo mandó que matasen a todos los sabios de Babilonia. Y se publicó el edicto de que los sabios fueran llevados a la muerte; y buscaron a Daniel y a sus compañeros para matarlos.

Nabucodonosor descubre por fin el engaño. Percibe que algún Ser sobrenatural está intentando decirle algo significativo, y tras varios días y noches sin dormir se encuentra cansado. Aquel sueño le inquieta. Es incapaz de controlar su temperamento respecto a sus sabios. ¿Acaso no pretendían comunicarse con los “**dioses cuya morada no es con la carne**”? ¡Ahora estaban confesando ante el rey que lo único que poseían era la ignorancia común de todo ser humano!

Asistimos en este punto a una batalla entre la educación según el mundo, y la que procede solamente de Dios. Aquí están los hombres más sabios del mundo del reino de Babilonia, educados en toda posible rama del saber de su tiempo. De otra parte está Daniel, un joven despreciado procedente de un pueblo de esclavos conquistados. Pero Daniel había recibido la educación y el conocimiento de Dios.

No podemos aprobar la ira y crueldad que Nabucodonosor desplegó hacia sus profesos “sabios”. Pero debemos recordar que

esa es la ira de un autócrata que se siente engañado por aquellos en quienes había confiado. A pesar de todo es un hombre sincero.

Pero esa terrible crueldad es una evidencia de la veracidad del libro de Daniel. Antiguos historiadores, como Heródoto, presentan a los soberanos de Oriente como siendo notorios por la barbarie de los castigos que imponían, lo que es especialmente cierto de los asirios y los persas. Hay bajorrelieves en piedra que muestran escenas de desmembramiento y de despedazamiento por parte de los asirios. Y figura también escrito en los códigos legislativos de Babilonia y Asiria. La historia respalda el relato de Daniel.

Observa que se trataba de “sabios” paganos cuya creencia consistía en que los dioses “no moran con la carne”. Al final del tiempo sólo habrá dos religiones básicas en la tierra:

(1) La “fe de Jesús” que confiesa —tal como dice la Escritura— que en su encarnación, el Hijo de Dios fue “hecho semejante a los hombres”, que confiesa que Dios envió “a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”, que “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”, que condenó al pecado en la carne negando su yo toda la vida hasta el Getsemaní e incluso hasta la cruz (Filipenses 2:5-8; Romanos 8:3; Hebreos 4:15; Juan 5:30 y 6:38; Mateo 26:39), y

(2) La creencia de los “sabios” paganos de Babilonia en un dios “cuya morada no es con la carne”: ese tipo de Hijo de Dios que no tomó sobre sí nuestra carne caída, pecaminosa, sino que fue preservado del ADN identitario del resto de la raza humana mediante alguna versión del dogma de la inmaculada concepción, haciendo que no pudiera ser “tentado en todo según nuestra semejanza”, y dejando a la humanidad desprovista de un Salvador del pecado, que quedó sustituido por un salvador *en el* pecado.

Daniel 2:14-18: Entonces Daniel habló sabia y prudentemente a Arioc, capitán de la guardia del rey, que había salido para matar a los sabios de Babilonia. Habló y dijo a Arioc, capitán del rey: —¿Cuál es la causa de que este edicto se publique de parte del rey tan apresuradamente? Entonces Arioc hizo saber a Daniel lo que había; y Daniel entró y pidió al rey que le concediera tiempo, que él daría al rey la interpretación. Luego se fue Daniel a su casa e hizo saber a Ananías, Misael y Azarías, sus compañeros, lo que sucedía para que pidieran misericordias del Dios del cielo sobre este misterio, a fin de que Daniel y sus compañeros no perecieran con los otros sabios de Babilonia.

No se debe olvidar que Daniel había recibido el *suma cum laude* en el examen de fin de curso de sus tres años en la universidad. Se lo había declarado de forma entusiasta como siendo diez veces más sabio que el resto. No obstante, se encomienda humildemente a Dios en procura de sabiduría, y pide a sus amigos que oren por él y con él. La verdadera educación excluye el orgullo.

Fue bueno que el rey aparentemente hubiera olvidado a Daniel cuando llamó a los sabios para averiguar en qué consistía su sueño. De haber llamado primeramente a Daniel no habrían quedado expuestas las vanas pretensiones de los “sabios”. Es probable que Daniel recordara la promesa de David en el Salmo 25:12-14: “Los secretos del Señor son para los que le temen, y él les dará a conocer su pacto”. Quizá recordara también la promesa de Proverbios 3:25-26: “No tendrás temor de un pavor repentino ni de la ruina de los impíos cuando llegue, porque Jehová será tu confianza: él evitará que tu pie quede atrapado”. En un tiempo de grave crisis, Daniel eligió creer las *buenas nuevas* contenidas en las promesas de Dios. Pertenece a la lista de héroes de la fe de Hebreos 11, ya que ejerció la fe que agrada a Dios al confiar en su Palabra (versículo 6).

Daniel 2:19-23: El secreto le fue revelado a Daniel en visión de noche, por lo cual bendijo Daniel al Dios del cielo. Habló Daniel y dijo: “Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. Él muda los tiempos y las edades, quita reyes y pone reyes; da la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos. Él revela lo profundo y lo escondido, conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz. A ti, Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos, pues nos has dado a conocer el asunto del rey”.

Nota lo siguiente:

(1) La confianza de Daniel en que ciertamente el Señor le había revelado el sueño del rey. No se dirigiría al rey de forma dubitativa, preguntándole si fue ese su sueño o si no lo fue. No, alaba al Señor por haberle revelado el sueño y lo arriesga todo sobre esa fe.

(2) Se nos recuerda que en nuestras oraciones a Dios lo alabemos por el hecho consumado de su bondad y misericordia hacia nosotros.

(3) Daniel comprendió que esa revelación vino en respuesta a las oraciones de sus amigos tanto como a las suyas. No se atribuyó el honor a sí mismo. El verdadero cristiano no detraerá de otros el crédito que les pertenece.

Observa también cómo Daniel confiesa que la verdadera sabiduría procede solamente del Dios del cielo. Sus fuentes no son ni la magia ni la brujería. La astrología merece ser clasificada como “**la falsamente llamada ciencia**” (1 Timoteo 6:20). Esas supersticiones populares de nuestros días son ejemplos modernos de la antigua ignorancia de los babilónicos del tiempo de Daniel. ¡El libro de Daniel es de rabiosa actualidad!

Daniel 2:24-25: Después de esto fue Daniel a Arioc, al cual el rey había puesto para matar a los sabios de Babilonia, y le dijo: —No mates a los sabios de Babilonia; llévame a la presencia del rey, y yo le daré la interpretación. Entonces Arioc llevó prontamente a Daniel ante el rey, y le dijo así: —He hallado un hombre de los deportados de Judá, el cual dará al rey la interpretación.

Gracias a Dios, Daniel fue magnánimo hasta el punto de pedir que se salvaran las vidas de aquellos “sabios” necios, incluso sin ser merecedores de tal misericordia. Daniel abrigó la esperanza de que entre ellos hubiera alguno dispuesto a oír la verdad y descubrir la salvación mediante el evento del sueño del rey. La mediación de Daniel, el siervo de Dios, les preservó la vida. De forma parecida, Dios preserva hoy la vida de muchos malvados debido a los pocos justos que hay entre ellos (ver Génesis 18:26-32 a modo de ejemplo de cómo actúa Dios todavía hoy).

Daniel 2:26-30: Respondió el rey y dijo a Daniel, al cual llamaban Beltsasar: —¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación? Daniel respondió al rey diciendo: —El misterio que el rey demanda, ni sabios ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey. Pero hay un Dios en los cielos que revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los últimos días. Estos son tu sueño y las visiones que has tenido en tu cama: “Estando tú, rey, en tu cama, te vinieron pensamientos por saber lo que había de suceder en lo por venir; y el que revela los misterios te mostró lo que ha de ser. Y a mí me ha sido revelado este misterio, no porque en mí haya más sabiduría que en los demás vivientes, sino para que se dé a conocer al rey la interpretación y para que entiendas los pensamientos de tu corazón”.

El sueño dado a Nabucodonosor revela “lo que ha de acontecer en los últimos días”. Se extiende hasta nuestros días. El libro de Daniel no es historia antigua. Es más actual que la revista TIME de mañana.

Como siervo del Señor, Daniel no se atribuye crédito por comprender la visión. Todo lo atribuye a Dios, y lo hace con un motivo: que también el rey pueda aprender a creer al Dios verdadero. Desde el principio de su discurso dado ante la que con toda probabilidad fue una estancia concurrida, aclara que los pensamientos de todos sus oídos deben dirigirse, no hacia sí mismo, sino hacia el Dios del cielo. ¡Por fin Dios tiene a un joven en quien puede confiar!

Daniel procede a relatar el sueño, y a continuación da la interpretación ante un rey que escuchaba con tanta ansiedad como confianza, y evidentemente con el máximo interés.

Daniel 2:31-35: Tú, rey, veías en tu sueño una gran imagen. Esta imagen era muy grande y su gloria muy sublime. Estaba en pie delante de ti, y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra se desprendió sin que la cortara mano alguna, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin que de ellos quedara rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la imagen se hizo un gran monte que llenó toda la tierra.

Puesto que Nabucodonosor era idólatra, debió complacerle aquella imagen del principio del relato. Pero al verla desmenuzada hasta el

polvo y llevada por el viento debió sentirse contrariado. ¿Podría ser vana toda su adoración a las imágenes?

Tal como hacen ver los pies de barro, el fundamento de toda la riqueza terrenal y de la grandeza de este mundo es sólo polvo, y su destino final es ser llevado por el viento.

Podemos imaginar la fascinación del rey al escuchar a aquel joven confiado explicando detenidamente el misterioso sueño que había olvidado. Se debía estar diciendo: '¡Sí! ¡Ese fue mi sueño! Ahora explícame su significado'.

Daniel 2:36-38: Este es el sueño. También la interpretación de él diremos en presencia del rey. Tú, rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tus manos, y te ha dado el dominio sobre todo. Tú eres aquella cabeza de oro.

El rey debió sentirse patrióticamente orgulloso al ver su reino, la gloria de los reinos, representado en la cabeza de oro. Pero las palabras de Daniel le hacen apercibirse inmediatamente de algo: toda la autoridad, riqueza y honor de los que goza no son consecuencia de su valor ni destreza militar. Le han sido *dados* por el gran Rey, el Dios del cielo, a fin de que beneficie a la humanidad. Por primera vez en su vida el rey comienza a comprender que hay un “**Salvador del mundo**”, un plan de salvación para el mundo; y que él ha sido llamado a servir al Salvador como su agente en beneficio del mundo. Grandes ideas comienzan a alumbrar su mente.

El primer gran imperio mundial

El fundador del reino de Babilonia fue Nimrod, quien apostató de Dios en una época muy temprana (Génesis 10:8-10). Babilonia alcanzó la gloria en el tiempo de Nabucodonosor. Era una superpotencia en riqueza y poder. Al construir Babilonia, la capital, Nabucodonosor había edificado la mayor metrópoli que el mundo hubiera conocido hasta entonces.

Era la maravilla del mundo antiguo, mucho mayor que las ciudades ordinarias de aquel tiempo. Su circunferencia venía a ser de unos 16 kilómetros. El río Éufrates atravesaba Babilonia, que estaba rodeada de unas murallas masivas. Inmensas puertas de bronce guardaban la entrada en la zona del río. Los esclavos mantenían los magníficos jardines y palacios en condición prístina. Se habían construido dos palacios, uno a cada lado del Éufrates, que estaban unidos entre sí por un túnel construido bajo el río, que permitía el tránsito entre ambos. Probablemente Saddam Hussein se inspiró en los logros arquitectónicos de Nabucodonosor al construir los numerosos palacios del moderno Irak. Babilonia decía: “**Para siempre seré señora ... Yo soy y fuera de mí no hay otra; no quedaré viuda ni conoceré orfandad**” (Isaías 47:7-8). Aquel reino de Babilonia era ciertamente la cabeza de oro, el más rico que ha conocido este mundo. No se debe subestimar la pujanza de los modernos iraquíes, quienes conservan aún memorias de su historia.

Daniel 2:39: Después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra.

Tras haber reinado cuarenta y tres años, Nabucodonosor fue sucedido por reyes que llevaron el imperio al declive. El último de

ellos fue Belsasar, quien era el corregente la noche en que los Medos y Persas sitiaron la ciudad logrando entrar por el cauce del río, y capturando el reino. Por entonces Daniel era ya un anciano.

Isaías había profetizado claramente la caída de Babilonia unos doscientos años antes que ocurriera. Fue tan preciso en su predicción profética como para mencionar el nombre del segundo reino mundial: los Medos y Persas (Isaías 13:17-19). Más adelante en su profecía mencionó el nombre del rey: Ciro, el que humillaría a la ciudad orgullosa (Isaías 44:28 hasta 45:1-3).

Había llegado el final de Babilonia. Ciro y su ejército rodean la muralla de la ciudad para tomarla por la fuerza. Los soldados y la población están celebrando una fiesta en el interior, algo parecido a nuestra Navidad. Están confiados en que los alimentos almacenados en la ciudad son suficientes para unos veinte años, y hay amplios campos de cultivo para seguir produciendo. No hay ejército capaz de vulnerar murallas como aquella, como tampoco las puertas de bronce. Pero la profecía había dicho que Babilonia sería destruida. La palabra del Señor se cumplió fielmente de una forma en que los habitantes de la ciudad nunca pudieron imaginar. Ciro, un militar brillante y habilidoso, habiendo recibido noticia de que cierto día la ciudad se entregaba a la fiesta y la bebida, se propone vencerlos mientras están ocupados en su gran diversión.

Ciro desvía el cauce del Éufrates hacia una planicie de baja altitud, creando un lago fuera de la ciudad. Cuando las aguas del río descienden lenta y silenciosamente de nivel, él y sus soldados reptan sigilosamente bajo las puertas de bronce y entran en la ciudad a medianoche por el cauce del río. ¡Sorpresa!: custodiadas por centinelas ebrios, encuentran abiertas las puertas de enlace que llevan del río a la ciudad, tal como el Señor había predicho (Isaías 45:1-2). Blandiendo sus espadas y con griterío, los soldados

se abalanzan sobre sus embriagadas víctimas babilónicas. La misma noche el rey babilónico Belsasar es degollado en su trono junto a los gobernantes de su reino. El segundo imperio, representado por la plata —el reino de los Medos y los Persas— comienza ahora a regir el mundo.

El segundo gran reino mundial

Es el pecho y brazos de plata de la estatua. Como la plata es menos valiosa que el oro, así el reino de los Medos y Persas tuvo menor riqueza que Babilonia. Pero su primer rey, Ciro, conquistó el mundo conocido desde el Mar Egeo hasta la frontera con India.

Los Medo-Persas reinaron durante unos doscientos años, comenzando el año 538 antes de Cristo. Pero las semillas de la destrucción estaban ya germinando en su reinado. Su orgullo y crueldad, así como su ebriedad, vencieron a aquel gobierno. Ester —el libro de la Biblia— detalla la laxitud moral del imperio. Ahora les tocaría a ellos ser conquistados por una nación relativamente pequeña situada más al oeste, una nación de gente valerosa y vigorosa regida por un rey muy joven. Si bien los Medos y Persas poseían riqueza y tenían a su disposición un tremendo poderío militar, y aunque sus soldados eran numerosísimos, acabaron dominados por aquellos griegos, menores en número, bajo el mando de Alejandro Magno. La caída tuvo lugar el año 331 antes de Cristo.

Los soldados de Alejandro estuvieron todo un mes recogiendo el botín de la batalla. Así comienza entonces a regir el Imperio de Grecia en toda la tierra. Según aquella imagen, la historia ha hecho la transición desde el pecho y brazos de plata al vientre y muslos

de bronce. Fuera del libro de Daniel, ninguna otra literatura describe la historia del mundo de una forma tan clara y directa.

El tercer gran reino mundial

La meteórica carrera de Alejandro sólo duró unos pocos años. El que había conquistado el mundo fue incapaz de gobernarse a sí mismo. Lo mismo que es cierto de todos nosotros, de no ser por el Salvador, Alejandro anduvo “siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:1-3). Alejandro permanece como un ejemplo notable de quien tuvo a sus pies la riqueza y los placeres del mundo, pero que escogió ser un esclavo de sus pasiones.

“Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte, el que domina su espíritu que el conquistador de una ciudad” (Proverbios 16:32). El enemigo de Alejandro fue su propio yo. Su debilidad fue su esclavitud a la pasión. Había llegado a matar a sus propios amigos en orgías alcohólicas. Cierta día desafió a veinte de sus soldados a beber hasta la muerte. La historia refiere que enfermó tras una de sus embriagueces, y murió el 13 de junio del año 323 antes de Cristo, a la edad de 32 años. Derribó lo que él mismo había edificado. Viene a continuación el mayor de todos los imperios mundiales.

Daniel 2:40: Y el cuarto reino será fuerte como el hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, así él lo desmenuzará y lo quebrantará todo.

Hacia el año 168 antes de Cristo, Grecia fue conquistada por otra nación, también pequeña y valerosa, que estaba aun más al oeste. Es el reino de los romanos. El reino pasa así del vientre y muslos de bronce a las piernas de hierro: Roma.

El cuarto gran reino mundial

Cada uno de los metales de la estatua disminuye en valor respecto al precedente, pero lo supera en dureza. Satanás ha estado aprendiendo en los sucesivos reinos de la historia del mundo cómo encadenar más eficazmente a las almas humanas. Roma fue un reino más fuerte que cualquiera de los que lo precedieron. Aunque el historiador inglés Edward Gibbon no creía en la Biblia, sin proponérselo confirmó lo que Daniel afirma sobre Roma en estas palabras:

“Las armas de la república de Roma, algunas veces derrotadas en batalla, pero siempre vencedoras en la guerra, avanzaron a pasos de gigante hacia el Éufrates, el Danubio, el Rin y el océano; y las imágenes de oro, plata o bronce que pueden servir para representar a las naciones y a sus reyes fueron sucesivamente quebrantadas por la férrea monarquía de Roma”.

Roma dominó sobre una extensión geográfica mayor que cualquiera de los reinos que la precedieron, llegando a conquistar partes de África, Asia, Asia Menor y Europa.

Daniel 2:41-42: Lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; pero habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste el hierro mezclado con barro cocido. Y por ser los dedos de los pies en parte

de hierro y en parte de barro cocido, este reino será en parte fuerte y en parte frágil.

La propia Roma, aun siendo el más fuerte de todos los reinos, no duraría por siempre. Hacia el año 476 después de Cristo se fragmentó en diferentes partes representadas por los diez dedos de los pies de la estatua, compuestos por una mezcla de hierro y de barro. Algunas de esas partes perduran hasta hoy: Inglaterra, Francia, España, Portugal, Alemania, Suiza e Italia. En el capítulo séptimo ampliaremos la información.

Daniel 2:43: Así como viste el hierro mezclado con barro, así se mezclarán por medio de alianzas humanas; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro.

Roma sería el último reino en regir el mundo entero. Los hombres han intentado repetidamente unir las partes del antiguo Imperio romano. Han pensado que, si Alejandro pudo conquistar el mundo entero, también ellos podrían. Pero sus esfuerzos han sido en vano. El cumplimiento de “no se unirán el uno con el otro” evidencia que el libro de Daniel se escribió por inspiración del Espíritu de Dios.

En Europa se ha hecho todo esfuerzo posible para quebrantar esa profecía. Ocasionalmente se han levantado reinos que retuvieron alguna de la fuerza del antiguo Imperio romano (sigue habiendo “hierro” mezclado con el “barro”), pero los fuertes nunca fueron capaces de conquistar permanentemente a los débiles.

Carlomagno intentó resucitar el Imperio de Roma, llegando a ser coronado como emperador por el papa desde Roma, en la Navidad del año 800 después de Cristo. Pero no tardó en desintegrarse. Carlos V lo intentó en los días de Lutero, fracasando también debido a que los musulmanes lo distrajeran continuamente llamando a las puertas de Viena. En los días de la prosperidad de

Francia, Luis XIV procuró con arrogancia unir Europa en un imperio, fracasando igualmente. Napoleón estuvo a punto de lograrlo tras atemorizar a toda Europa e incluso a Inglaterra, pero se dice que en su lecho de muerte clamó: “Oh, Dios, has sido demasiado fuerte para mí”. Esas pocas palabras de las santas Escrituras fueron incluso más poderosas que las armas de Inglaterra: “No se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro”.

En nuestros días varios gobernadores han intentado la unidad de Europa bajo un solo gobierno. La reina Victoria casó a sus hijos y nietos con varias familias reales de Europa, esperando que una Europa cuyos gobernantes estuvieran emparentados entre sí, vendría a ser una feliz y gran familia que jamás pensaría en la guerra. Pero su plan desembocó en una amarga sorpresa: la primera guerra mundial (1914-1918). Tampoco lo logró el Kaiser de Alemania.

La Liga de Naciones fue concebida con el propósito de unir todas las naciones de Europa en una organización pacífica. Eso terminó en un fracaso vergonzoso: poco tiempo después estalló la segunda guerra mundial. Hitler y su ejército trajeron fuego y destrucción a toda Europa. Por un tiempo amenazó a Inglaterra, que nunca había sido conquistada. Hasta los corazones de los más valientes se ponían a temblar. Algunos que leían la Biblia comenzaron a temer que quizá esa profecía viniera a la postre a ser un fracaso. Pero, aunque con tremendo sacrificio, fueron expulsados los ejércitos de Alemania, y una vez más quedó vindicada la profecía de Daniel.

Finalmente, en nuestros días, mientras se están escribiendo estas líneas, el mundo está poniendo su mira en las Naciones Unidas como su última esperanza, o bien en el nuevo “Imperio romano”: los Estados Unidos de América. Bajo las oscuras sombras del terrorismo y la guerra nuclear, varios gobiernos del mundo

comprenden que en el futuro las guerras pueden barrer todo vestigio de civilización; de ahí su gran interés en unirse entre ellos. Pero siguen resonando las palabras del profeta Daniel: “No se unirán el uno con el otro”.

No es solamente que las naciones de Europa encuentran imposible unirse. Lo mismo es cierto de Oriente Medio, de Lejano Oriente y de África. Hasta las propias naciones musulmanas que profesan estar unidas en una hermandad religiosa divergen y luchan entre ellas. El sueño de Kwame Nkrumah de unos “Estados Unidos de África” nunca se cumplió.

Muchos creyeron que Rusia —o la Unión Soviética— triunfaría allí donde Alemania fracasó, y lograría unir al mundo bajo el comunismo. El papa y el presidente Reagan pusieron fin a esa ensoñación. La palabra de Dios no puede ser quebrantada. Como peña que emerge sobre las olas tormentosas del océano, esa palabra ha resistido los ataques de hombres y ejércitos por más de dos mil años. Aunque todos los reinos y todos los ejércitos del mundo se propusieran demostrar que la palabra de Dios es falsa, no harían más que fracasar: “No se unirán el uno con el otro”.

El Espíritu Santo inspiró esa simple figura del “hierro y barro”. No es solamente cierto que haya un proceso constante de intentos de unión en un sentido militar o político; es también cierto de los intentos por unir la religión con el estado. En la Edad Media los papas intentaban unir los reinos de Europa con su iglesia. El oscurantismo fue su resultado, junto a la persecución más atroz.

Dios es el Autor de la libertad. No añade sus bendiciones a los intentos de unir la religión con el estado, sea que lo intente la cristiandad apóstata, o que lo haga el islam. A medida que nos acercamos al final Dios quiere que cada persona sea libre de decidir

según su propio corazón si va a unirse a conciencia con el Señor, y si va a servirlo en su reino.

El siguiente será el reino de Dios

Toda nación del mundo ha de llegar a un final “sin que la cortara mano alguna”. La segunda venida del Gobernante legítimo desembocará en el reino de Dios “que permanecerá para siempre”. El legítimo Gobernante es “Aquel a quien corresponde el derecho” (Ezequiel 21:27).

Ningún otro puede sentarse en el trono del Imperio mundial definitivo. Dios dio ese sueño al rey Nabucodonosor con un propósito: desviar nuestra atención de las vanas esperanzas y concilios de los hombres, y que nuestra fe se establezca sobre la esperanza firme y segura en la Palabra de Dios.

Está por venir un gobierno de paz, felicidad y justicia para todo aquel que quiera someterse a él (Isaías 9:6-7).

Daniel 2:44-45: En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte se desprendió una piedra sin que la cortara mano alguna, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación.

El establecimiento de ese reino eterno traerá el final del pecado. La señal que indica su establecimiento es el logro de Cristo en tener un pueblo al que pueda proclamar “vencedor ... así como yo he vencido” (Apocalipsis 3:21).

Toda la historia pasada, en todas las edades, ha ido avanzando hacia ese día. Todos los que habitan la tierra van a presenciar el establecimiento de ese reino. No sólo los restos del Imperio romano van a ser desmenuzados por esa “**pedra**” no cortada por “**mano alguna**”; estarán incluidas todas las naciones que pueblan la tierra. Al final no va a quedar nada, excepto esa gran piedra que ninguna mano ha cortado, y que será el eterno reino de Dios.

¿Cuándo y cómo va a establecerse ese reino? Ese reino de gloria no fue establecido cuando Cristo estuvo en esta tierra, pues él mismo lo anunció para un tiempo posterior (Mateo 26:29; Hechos 1:6-7). La carne y la sangre no pueden heredar ese reino (1 Corintios 15:50). Se establecerá en el tiempo en que Jesús juzgue a los vivos y a los muertos “**en su manifestación y en su reino**” en relación con su segunda venida (2 Timoteo 4:1). Entonces regresará en su gloria junto a todos sus ángeles (Mateo 25:31-34).

Así, vemos claramente que esa piedra no cortada por manos humanas que golpea la estatua en los pies, representa la segunda venida de Cristo en poder y gloria. “**Luego el fin, cuando entregará el reino a Dios y al Padre, cuando habrá quitado todo imperio, y toda potencia y potestad. Porque es menester que él reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies**” (1 Corintios 15:24-25).

Cuando Jesús colgaba de la cruz, uno de los dos ladrones crucificados con él le rogó: “**Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino**”. ¿Te unirás con él en esa misma petición?

Es *ahora* cuando Dios está preparando a los súbditos de su reino venidero. Es ahora cuando envía el Espíritu Santo a los hombres en todo lugar, llamándoles a que lo consagren todo a él a fin de que él pueda reinar ya en sus vidas como Rey de amor. Jesús es el único

rey en la historia mundial que ha conquistado, no por la fuerza de las armas, sino por el poder del amor. Millones estarían dispuestos hoy a dar su vida por él.

Daniel 2:46-49: Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro, se humilló ante Daniel y mandó que le ofrecieran presentes e incienso. El rey habló a Daniel y dijo: —Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, Señor de los reyes y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio. Entonces el rey engrandeció a Daniel, le dio muchos honores y grandes dones, y lo hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia. Daniel solicitó y obtuvo del rey que pusiera sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrac, Mesac y Abed-nego; y Daniel estaba en la corte del rey.

Nos alegra saber que Daniel no cedió al orgullo tras recibir ese honor. Su formación temprana en la infancia hogareña incluyó el dominio propio y la humildad, junto a la educación en el conocimiento del Dios del cielo. Todo ello le preservó de caer en la vanidad cuando fue elevado a una posición de honor y responsabilidad tan exaltada. Qué magníficas *buenas nuevas* para hoy, saber que el Espíritu Santo opera en todo el mundo educando a jóvenes que, como Daniel, alcanzarán puestos de honor sin abandonar la humildad.

¡El libro de Daniel vive hoy! Y continúa dando una rica cosecha en corazones y vidas cambiados por la sobreabundante gracia de Cristo.